



Los emigrantes son buenos para irse, buenos para trabajar y buenos para enviar dinero, pero no son buenos, pongamos por caso, para votar.

doble y ganaban la mitad. Ellos hicieron posible que Alemania se levantara a marchas forzadas. El jefe del taller donde Pedro trabajaba, le cortó así la primera protesta: "Tú qué hablas, si has venido aquí a matar el hambre y en tu tierra no tenéis más que pulgas". Primer choque de culturas: un compañero de trabajo pide un cigarrillo a Pedro y quiere pagárselo. Después, cuando Pedro aprende el idioma, descubre que los obreros alemanes le miran torcido si él les habla de política, y que dicen *mi fábrica*, no la *fábrica*:

El desprecio sucesivo

Los alemanes se sienten superiores a los españoles, que se sienten superiores a los italianos, que se sienten superiores a los turcos, y así "hemos mantenido un constante tira y afloja en vez de agarrarnos todos a la misma soga". Es lógico, dice Pedro, "que aquí en la emigración, donde no somos nadie, querramos resaltar a cualquier precio".

Con lucidez y certero humor explica sus propias contradicciones, como en las páginas donde cuenta cuánto le cuesta lavar los platos sin sentirse maricón; y no es para nada autoindulgente a la hora de interpretar su conducta. El emigrante, ciudadano de segunda clase, sin voz ni voto, "sólo dispone de un sitio para demostrar que es el jefe: su casa". Las mujeres, reconoce, han sido las más sufridas víctimas de este drama colectivo. Obligado a la disciplina

y al silencio, el obrero que no puede desahogarse en el trabajo ni en el café, echa sus furias en casa, maltrata a la mujer, grita a los hijos o se va al Centro Español para armar gresca.

El regreso

Pedro tiene un hijo deformado por la poliomielitis. El se propuso evitarle un destino de zapatero o limpiabotas y lo ha conseguido. Pero se ha gastado una fortuna en operaciones y cursos especiales, y hay una hija, además, y el piso a medio pagar, y las cuotas... "Si no compras, eres un desgraciado, y si compras, también". Máquinas, aparatos, cosas: Pedro es consciente de que la sociedad de consumo le tiene atrapado. "Hemos picado —dice—, y eso que lo sabíamos". Le gustaría volver a España, ahora que empezó la democracia, y volverá, dice, pero no todavía, todavía no se puede: los que han vuelto, han encontrado resistencias parecidas a las que conocieron en Alemania, porque vienen a quitar trabajo a quien ya lo tiene. Cuando Pedro llegó a Alemania, le revisaron hasta los dientes. Después, con los años, uno envejece y se cansa: "A mi edad, no encontraría trabajo en España. Tengo una familia que ha de llenar la barriga todos los días".

Un día, Pedro leyó en el diario que el Gobierno español había otorgado un premio y una medalla a la turista número tal. "¿Y al emigrante número tal, me dije yo, qué le han dado? El pasaporte, una patada en el culo y apáñate por el mundo como puedas". ■

HONORE

